DOMINGO XXII DURANTE EL AÑO-B

Hoy nos encontramos con el Evangelio de San Marcos, el cual nos presenta una situación muy marcada en aquellos tiempos: los fariseos guardando leyes humanas o tradiciones pasadas con las cuales juzgan a Jesús y a sus discípulos.

Ver siempre lo de afuera y nunca lo de adentro. Esta actitud se muestra muy a menudo en nuestra sociedad y cuesta mucho mirar más allá de lo que una persona está haciendo. Por lo general no conocemos la motivación que lleva a una persona a hacer una cosa o a no hacerla. Nosotros vemos el resultado, sea bueno o malo y de acuerdo a eso juzgamos. Pero Jesús nos presenta otro modo de ver la realidad: ver el interior de las personas. A veces podemos recibir un hermoso regalo de alguien, pero ese alguien lo hizo con mala intención, es decir, para quedar bien o para conseguir algo a favor. Otras veces sucede lo contrario: alguien nos regala algo muy pequeño pero lo hace con una gran generosidad de corazón y lo hace dando todo de sí y con amor.

Los fariseos no estaban acostumbrados al planteo de Jesús: para ellos la actitud no cuenta, sino el cumplir una prescripción. Pero veamos que Jesús no condena la prescripción o el gesto de lavarse las manos antes de comer, sino lo que moviliza a realizar esta tradición. El aferrarse a la norma de lavarse por fuera y creerse verdaderamente limpio por eso, o creerse mejor que los demás es lo mismo que mostrarse hacia afuera de una manera cuando en realidad soy de otra forma por dentro. Traído a los días de hoy es como decir que soy un buen cristiano porque “voy a misa…porque me muestro ante los demás como un buen practicante”, pero después, en lo cotidiano soy engañador, deshonesto, envidioso, difamador, mal intencionado. Remarco nuevamente que Jesús no condena la práctica religiosa, sino la actitud que la acompaña, el motor que la moviliza. Hacer una obra de caridad para que me vean, no es realmente una obra de caridad, sino una hipocresía, porque no la hago por amor sino por conveniencia o por orgullo. Muestro una cara de la moneda, y la otra está escondida.

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”, decía el profeta Isaías, y es la cita que coloca Jesús como descripción de la actitud del fariseo. Honrar con los labios es decir “Yo amo a Jesús”, pero a mis hermanos no. Creo que una persona se da cuenta cuando otra le dice “te amo” pero en realidad no la ama, o también se da cuenta cuando le dice “te amo” y lo hace con un corazón sincero. Cuando en una pareja de esposos, uno de los dos está como ausente, es decir, vive en la misma casa, pero su corazón está lejos, quizás buscando otro amor o quizás buscando un escape, es otro ejemplo de honrar al Señor sólo con los labios. Esta ausencia es la misma que cuando rezamos pero en realidad estamos pensando en otras cosas.

Aferrarse a un régimen de normas que no ayudan a la persona a acercarse más al Señor, es otra de las cosas que Jesús condena. La norma debe ser una ayuda no una prisión.

Y por último Jesús es muy directo, como siempre, en dar un mensaje. En este caso afirma que no es lo que entra en el hombre lo que lo hace impuro sino lo que sale de él. ¿Por qué dice esto? Porque nuestro corazón es el que codifica todo. Una planta, una paloma, una casa, una montaña, etc, no cometen pecado. Es el ser humano quien hace que las cosas sean usadas para el bien o para el mal; es el ser humano quien violenta la naturaleza o convive en paz con ella. Dios ha creado todo para que el hombre lo administre, pero si hay robos, homicidios, adulterios, malas intenciones, deshonestidades, maldades, avaricia, engaños, difamación, orgullo, frivolidades, quiere decir que no está administrando bien lo que se le ha confiado. Dios me ha confiado una persona (puede ser un hijo, un vecino, un amigo, etc…) y yo decido qué quiero vivir con ella: puedo robarle, difamarla, engañarla, envidiarla…o puedo hacer de ella una mejor persona, o ella puede quitar de mí mis orgullos, mis avaricias, mis malas intenciones. Lo que sale de mí es lo que mancha a los otros. Y también me mancha a mí mismo porque el mal que hago tiene un efecto rebote: regresa a mí como un círculo vicioso.

El evangelio comenzó con una actitud exterior: lavarse las manos antes de comer. Y Jesús va de lo exterior a lo interior. ¿Hay que lavarse las manos? Sí. Pero no olvidar que también hay que lavar el corazón. En el texto, los discípulos no habían tenido la posibilidad de lavarse las manos y por una situación de necesidad optaron por comer. El problema no está en los discípulos sino en los fariseos que juzgan mal. Y cuando se juzga mal o se murmura contra los demás, significa que el corazón está enfermo.

El corazón, que es el interior del hombre, puede ser un canto de alabanza a Dios generando experiencias de amor concreto, o puede ser parte de un conjunto de palabras huecas que se repiten haciendo propaganda de un cristianismo no vivido en las cosas simples y sencillas de lo cotidiano.